

talecer, ahora que por todas partes soplan vientos imperialistas, la "Leyenda Blanca", que trata de presentar a la conquista española como una obra impecable, como una empresa que no permite censura alguna y ha lanzado con toda la autoridad de su sabiduría, la más acalorada requisitoria contra la cien veces venerada figura del padre Las Casas. Pero los americanos que más amamos a España, los

### Panoramas...

los tiempos y cómo alcanzar, gracias a nuestro esfuerzo modestamente humano—de aquí de la tierra, y no del cielo—el nuevo encantamiento del mundo; la nueva glorificación de la tierra, la nueva ciudad de Dios, que no caerá fácil al eco de engañadoras trompetas porque estará fundada en lo más imperecedero del mundo, que es el sentido vital de los pueblos, la voluntad de vivir y la voluntad de actuar bellamente.

—o—

Ha habido como un adivinar certero en la marcha del hombre al través de los siglos. Ya el hombre de Neanderthal, en el período paleolítico, aunque agobiado por la amenaza de los dioses, se había dado cuenta de que podía él, el mínimo y déforme, librar una batalla, y emplazó al destino. Amarró el trozo de sílex al tosco madero y dió su primer golpe. Dió su primer golpe al pie mismo del trono de todos aquellos encantamientos.

Mientras este hijo de Adam pretérito empieza así a desafiar al misterio que estaba fuera, empezó a darle cabida adentro. ¿Por qué, se diría, he sido yo tan niño, cómo para poner fuera de mí todo ese universo de deidades, todo ese maravilloso despliegue de poderes mágicos, de dominios arcanos, de majestad suma? ¿No será mucho mejor que yo atraiga hacia mí todos esos espíritus jugueteros y les dé sitio dentro de mi propio ser?

Algo, sin duda, de este triste monólogo—que oyeron con indiferencia las vastas soledades pobladas de coníferas desmesuradas y donde restreaban las criaturas más temibles de la tierra—quedó en el hombre; pues día a día se dedicó con voluntad mayor a hacer las cosas que él había sabido que hacían los dioses; de tal modo que sus artes bellas crecieron empujadas por un fuego interior y con su inteligencia pudo ver que cuando la ciencia desbaratará los olímpicos y se consumará el definitivo "desencantamiento del Universo", el hijo de Adam, ya se habría hecho capaz de empezar a reembellecer la tierra, a engalanar la tierra, a encantar con nuevo encantamiento la perspectiva sideral con las mil y más luces teóricas de su poder creador, de su invencible fantasía.

—o—

Los dioses estarán con nosotros. Pueril aquella fe que les buscaba fuera cuando, ¿qué solución más amable que buscarles un refugio, un albergue, un nido en nuestros corazones? Fué menester que viniese, primero, el hijo del escultor y maestro de maestros, Sócrates, después el Hijo del Carpintero y Rey de Reyes, Jesús, para que el hombre acabase por saber, a firme, que lo que estaba allá fuera no era sino transposición engañosa, y pueril, de lo inmensamente grande que está dentro, en secreto.

Declaramos así, con señorial indiferencia, el desencantamiento del Universo, y nos reímos de esa batalla entre las dos facciones que se empeñan en poseer la verdad absoluta, la verdad que no cambia, la verdad que *no deviene*. Y preferimos recoger nos en nuestro propio ser y vivir el alborozo íntimo, el contento fragante y la música distante de nues-

que precisamente estamos más cerca de su obra, sabemos que la desvalorización del Santo de las Indias, implicaría la ruptura de uno de los eslabones que unen en espíritu a la América mestiza, de español e indio, con el país de Isabel la Católica y Santa Teresa de Jesús.

ARMANDO BAZÁN

(Viene de la página 72)

tra propia alma, y dejar que ella se salga fuera, a poner sobre la tierra el nuevo encantamiento humano, desesperadamente humano.

Haremos sonreír al Universo con la realización mágica del ideal sobre el mundo.

Haremos de la tierra un desafío interminable de jardines y huerto.

Confiaremos a los mármoles todo ese vuelo de armonías que se han fugado del alma para enredar en luz a las estrellas.

Haremos florecer la especie en primavera de fraternidad, de libertad y de justicia—cada una de ellas en plenitud, sin que lo uno deforme lo otro—.

Convertiremos todas las fuerzas anárquicas del ayer — tempestades, torrentes, derrumbamientos, inundaciones y batallas—en substancias preciosas que el hombre guarda como en

un pomo de alabastro, para tener el milagro a la mano.

Haremos de la senectud una reverencia perpetua, cuyo altar no deje de iluminarse ni un instante.

Será la maternidad la solicitud que vela junto al lecho, y que mantiene sobre ella, como un dosel, el silencio discreto del cariño que espera, mientras los ángeles abren sus alas, para esconder el milagro.

Será la niñez convertida en privilegio, en ley suprema, en imperio sumo, tan seguro estará el hombre, tan óptima será su advertencia, de la superación interminable de la criatura.

Y viviremos encantados, y los hombres serán como ángeles y como dioses.

—o—

¿Qué importa, entonces, toda esta lucha cruel por imponer un dogma, o muchos dogmas, cuando todos podemos concurrir en las verdades primeras, que son siempre las verdades postreras? ¿Hemos de ornar un conflicto por decir que dos y dos son cuatro, y que el sol se levanta al Oriente, y que cuando se abre una flor se esparce su aroma, y que cuando llora un niño sin padre, los cielos toman nota?

¿Por qué no empezamos ya a embellecer la tierra?

N. V. A.

### Simbad

—Ha leído el último libro de Bernard Shaw?—preguntó Denis Atkinson.

—No—dije.

—Yo sí. Es atroz. Cada vez me repelen más los lógicos, los inteligentes fríos: no me interesa más que las gentes de parcialidad brutal, los héroes y los santos.

—Pienso lo mismo —dije—. Sólo que...

—Sólo que...

—Nada. Los fanáticos son espléndidos para ser vistos, espantosos para ser soportados.

—Pero ya no es a fanatismo a lo que me refiero, sino a una especie de pasión fundamental del hombre, que vas más allá de su lógica y hace que se pierda o se salve según la naturaleza de su ardimiento y no según su razón.

—Comprendo, comprendo perfectamente.

—¿Y Joyce? ¿Le gusta Joyce?—me preguntó Atkinson.

—Sí. Un ciego diabólico, un genio para describir el mal implícito en cada conciencia.

—¿Y después de Joyce?

—Kafka y O'Flaherty—le dije.

—No los conozco.

—Ah! Dos feroces rebeldes: uno que se escapaba del mundo por la trágica alegoría; otro, que está encadenado a sus impetuosas vehemencias con una melancolía acuta que le come mientras tanto las vísceras. Un hombre inconventional y violento. Léalos, no va a encontrar en ellos poco.

—No sé; veré. Quiero leer cada día menos. ¿Qué hora es?

—Las dos y media.

—Temprano. Es muy agradable caminar por aquí. Hay olor a árboles, y tierra. Camina Ud. mucho todos los días?

—Poco. Llevo una vida sedentaria, bastante estúpida.

—Yo soy el nómada perfecto—dijo Atkinson. Nunca creo desplazarme lo suficiente.

(Del libro *Bahía de Silencio*, de Eduardo Mallea).

(Son de Jung estas palabras; las cita Piedad Maza Santos en su estudio: *Psicología del adolescente cubano*. En la *Revista de la Federación de Doctores en Ciencias y en Filosofía y Letras*. La Habana, X-XII-40).

La psicología como ciencia no acoge lo infinitamente variable y movido de la individualidad del espíritu; por eso sus conocimientos y datos son en lo esencial, detalles y carecen de cohesión armónica. Quien desee por lo tanto conocer el alma humana, no podrá aprender nada o casi nada, de la psicología experimental. A éste habría que aconsejarle más bien que se despoje de la toga doctoral, que se despida del gabinete de estudio y que se vaya por el mundo con humano corazón a ver los horrores de los presidios, manicomios y hospitales, a contemplar los sórdidos tugurios, burdeles y garitos; a visitar los salones de la sociedad elegante, las bolsas, los mitines socialistas, las iglesias, los conventículos de las sectas, para experimentar en su propio cuerpo el amor y el odio, la pasión en todas sus formas; y así volvería cargado con más rica ciencia de la que pueden darle gruesos tomos, y podría ser entonces médico de sus enfermos, verdadero conocedor del alma humana.

### PUBLICACION SOBRE CREDITO RURAL EN EL SALVADOR

La Oficina de Cooperación Agrícola de la Unión Panamericana ofrece para la distribución gratuita entre los interesados su publicación más reciente, que trata sobre el sistema de crédito agrícola para los pequeños productores que se ha establecido en El Salvador.

Todas las personas que deseen recibir un ejemplar de esta publicación, pueden dirigir su pedido a la *Oficina de Cooperación Agrícola, Unión Panamericana, Washington, D. C., Estados Unidos de América*.